



# APOYANDO LA NO VIOLENCIA EN SIRIA

SUPPORTING NON-VIOLENCE IN SYRIA

**STEPHEN ZUNES**

FOREIGN POLICY, DECEMBER 20, 2012  
TRANSLATION: MARCH 2013



# **Apoyando la no violencia en Siria**

**Martes 8 de enero de 2013**

**Por Stephen Zunes**

*Nota introductoria: Originalmente publicado por Foreign Policy en diciembre de 2012 y republicado por Truthout.org en enero de 2013, este artículo sigue siendo pertinente hoy en día. Desde entonces la guerra civil en Siria se ha vuelto más intensa, y ahora es posible que se incremente con la ayuda militar exterior. Como señala el Dr. Zunes, es lamentable que la resistencia civil inicial en Siria en 2011, que demostró muchos indicios de ser eficaz, fue suplantada en gran parte por la rebelión armada.*

El empeoramiento de la violencia y represión en Siria ha dejado pensando a muchos analistas y políticos en los Estados Unidos y otros países occidentales acerca de las formas en que nuestros gobiernos podrían ayudar a terminar con el derramamiento de sangre y apoyar a aquellos que tratan de derrocar al régimen de Assad. El deseo desesperado de 'hacer algo' ha llevado a un creciente número de personas a pedir una mayor ayuda militar a los insurgentes armados o incluso a dirigir una intervención militar, como el gobierno francés ha dicho que considerará hacerlo unilateralmente.

Mientras que por un lado es comprensible, apoyar a la oposición armada probablemente exacerbaría el sufrimiento de la gente siria y parecería validar el trágico error de cálculo de parte de la oposición siria al suplantarse su valiente e impresionante insurrección civil no violenta con una insurrección armada. El régimen de Assad probó ser completamente despiadado en su supresión de la lucha no violenta por la democracia en 2011. Sin embargo, es importante subrayar que esta crueldad no fue la razón fundamental por la que el movimiento no pudo generar el ímpetu suficiente para expulsar a Bashar al-Assad.

Del apartheid en Sudáfrica, la Indonesia de Suharto hasta el Chile de Pinochet, los regímenes extremadamente represivos han sido derrocados en gran parte a través de insurrecciones civiles no violentas. En algunos casos, como con el de Marcos en Filipinas, Honnecker en Alemania Oriental y Ben Ali en Túnez, los dictadores han ordenado que sus tropas disparen contra miles de personas, consiguiendo que sus soldados se nieguen. En otros países, como Irán bajo el Sha y Malí bajo el general Toure, cientos de manifestantes no violentos fueron asesinados a tiros, pero en vez de someter a la oposición, volvieron siendo muchos más y finalmente derrocaron a los dictadores.

Históricamente, cuando un movimiento no violento torna a la violencia es resultado de la frustración, ira o la sensación de desesperación. Raramente es por una opción estratégica clara. De hecho, si el movimiento de oposición organizara la resistencia de forma estratégica, con una secuencia lógica de las tácticas y con conocimiento de la historia y las dinámicas de las insurrecciones populares desarmadas, reconocerías que por lo general es un error devastador el optar por la violencia. Más que apresurar la caída del dictador, históricamente las revoluciones armadas efectivas han tomado más de ocho años para derrotar un régimen,

mientras las insurrecciones civiles desarmadas han tomado un promedio aproximadamente de dos años antes de la victoria. Por desgracia, la fragmentación de la sociedad civil siria combinada con la dureza de su aparato de seguridad han hecho difícil mantener un movimiento. Ya sea un movimiento violento o no violento, la improvisación no es suficiente cuando se trata de un régimen que fácilmente infunde temor, como en Siria.

De hecho, el fracaso del movimiento opositor para derrocar al régimen en sus primeros meses, cuando era principalmente no violento, no prueba que la no violencia 'no funciona' al igual que el fracaso de un movimiento violento para derrocar un régimen demuestra que la violencia "no funciona." Ya sea que el movimiento sea principalmente violento o no violento, lo importante es si emplea las estrategias y tácticas que puedan aumentar sus oportunidades de éxito.

Otro factor es que, a diferencia del régimen de Ben Ali en Túnez, el régimen de Mubarak en Egipto, el régimen de Saleh en Yemen o el régimen de Gadafi en Libia, en Siria el poder del régimen no descansa en las manos de un dictador solo y el relativamente pequeño segmento de la población que se beneficia de su asociación con el dictador. El régimen sirio todavía tiene una base social. Una minoría bastante grande de sirios—alauitas, cristianos y miembros de otras minorías, leales al partido Baath y empleados del gobierno, las fuerzas armadas profesionales y servicios de seguridad, y la clase capitalista compinche (en gran parte sunita) que el régimen ha alimentado—todavía se aferran al régimen. Seguramente hay disidentes y “dobles agentes” dentro de todos estos sectores. Sin embargo, los leales al régimen son un segmento bastante grande de la población, por lo que ninguna lucha—violenta o no violenta—triumfe sin generar muchas deserciones.

El Partido Baath ha gobernado Siria la mayoría de los últimos 50 años, antes del reinado de 30 años del padre de Assad. Los oficiales militares y burócratas del partido han desarrollado su propia base de operaciones. Las dictaduras que se apoyan principalmente en el poder de sólo un hombre son generalmente más vulnerables a la rebelión popular que los sistemas oligárquicos, debido a que estos últimos tienen una red más amplia de intereses de la élite apostando por el sistema. Justo como la oligarquía que gobernó El Salvador en los años 1980 resultó ser mucho más resistente a derrocada por una revolución armada popular que el gobierno de Anastasio Somoza en la Nicaragua vecina, no es sorprendente que el grupo dirigente de Siria haya resistido más que las dictaduras personalistas derrocadas en la ola de insurrecciones en gran parte no violentas en los vecino países árabes el año pasado.

Lo que esto significa es que, cualquiera que sea el método de lucha en Siria, siempre fue probable que sería prolongado. La lucha armada no es una solución rápida. Si la lucha popular contra un régimen autocrático tiene éxito no depende de la popularidad de la causa ni de la represión de las fuerzas de seguridad del estado, sino de que quienes participan en la resistencia para entender la base de la fuerza real del régimen y desarrollar una estrategia que pueda neutralizar sus puntos fuertes y explotar sus vulnerabilidades.

La lucha no violenta, como la lucha armada, tendrá éxito solo si la resistencia utiliza estrategias y tácticas efectivas. Una guerrilla no puede esperar éxito instantáneo a través de un ataque frontal en la capital. Saben

que al principio tienen que tomar parte en pequeñas operaciones de bajo riesgo, golpear y huir, y tomar el tiempo para movilizar su base en áreas periféricas antes de que tengan la posibilidad de derrotar a las fuerzas armadas estatales. Del mismo modo, puede no tener sentido para un movimiento no violento el confiar principalmente en la táctica de las manifestaciones callejeras masivas en las fases tempranas de un movimiento, pero diversificar su táctica, entender y aplicar sus propias fuerzas y explotar las oportunidades de movilizar el apoyo y aumentar la presión al régimen.

A pesar del de que el partido gobernante Baath sea nominalmente de ideología socialista, la revuelta en Siria tiene una base obrera mucho más fuerte que la mayoría de los otros levantamientos árabes. Las huelgas y boicots se han utilizado sólo esporádicamente en Siria, pero han sido suficientes para demostrar el potencial de socavar la lealtad de los capitalistas que se benefician de su estrecha relación con el régimen. De hecho, esto es lo que resultó ser decisivo en la lucha contra el apartheid en Sudáfrica. Para que tenga éxito una revolución contra un dictador fuertemente armado y profundamente arraigado, el movimiento de oposición debe movilizar a un gran porcentaje de la población, como ocurrió en Túnez y Egipto. La resistencia siria debe actuar de forma en que el régimen se vea como ilegítimo y traidor, y que la resistencia aparezca como algo virtuoso y patriótico.

No hay duda de que el régimen de Assad teme la capacidad de la oposición no violenta de neutralizar el poder del estado a través del poder de la resistencia civil más de lo que lo puedan hacer los grupos armados que lo hacen de la forma en que el régimen es más fuerte—a través de la fuerza de las armas. Ellos reconocieron que una resistencia armada refuerza la unidad del régimen y divide a la oposición. Por esta razón el régimen constantemente ha intentado provocar a las fuerzas prodemocráticas en la violencia. Alegó que la oposición estaba compuesta por terroristas y matones armados incluso durante los primeros meses de la lucha, cuando era casi totalmente no violenta, reconociendo que el pueblo sirio era más propenso a apoyar un régimen desafiado por una insurgencia armada que a través de una insurrección civil no violenta.

El animar defecciones del lado del gobierno es esencial. Las defecciones en las fuerzas de seguridad —críticamente importantes en la el derrocamiento de un régimen apoyado en el ejército—son mucho más probables cuando se les ordena matar a manifestantes desarmados que cuando la oposición les está disparando. La defección, sin embargo, es raramente una acción física de soldados que espontáneamente abandonan sus armas, cruzando el campo de batalla y afiliándose al otro lado. No todos pueden hacer esto. A veces las defecciones vienen en forma de burócratas u oficiales que degradan la eficacia del régimen a través de acciones de no cooperación, como no llevar a cabo órdenes, haciendo que el trabajo de papeleo clave desaparezca, suprimiendo archivos del ordenador o divulgando información al otro lado.

En cuanto a la resistencia armada, lo que fue una lucha política se convierte en una lucha existencial y por lo tanto más difícil de ganar a la gente a tu lado. La lealtad al régimen dependerá en gran parte de cómo perciben la alternativa. Necesitan decidir si el objetivo de la oposición es crear una Siria inclusiva en la que todas las facciones políticas y comunidades sectarias jueguen un papel o si por el contrario simplemente intentan destruir a sus supuestos opositores. Las posibilidades de derribar a Assad aumentarán

enormemente si los sirios se ven obligados a elegir no entre dos fuerzas salvajes, sino entre un régimen represivo o un movimiento representativo más inclusivo.

Una insurrección civil desarmada que resiste la tentación de luchar con violencia da aquellos que puedan estar en condiciones de desertar una esperanza real de que serían recibidos al unirse a la oposición en la construcción de un sistema más democrático y pluralista en el que podrán tener parte. Por el contrario, frente a un movimiento armado, particularmente uno que se ha involucrado en actos de terrorismo con objetivos en las comunidades minoritarias y otros presuntos partidarios del gobierno, da lugar a temores de ser perseguidos o incluso ejecutados si gana la oposición y por lo tanto lucharán aún más duro. En resumen, lucha armada endurece más la voluntad y unidad de los regímenes represivos de lo que la .

La limitación más importante de la lucha armada es que su ocurrencia puede disminuir significativamente el número de participantes en un movimiento de oposición popular ya que la mayoría de los ciudadanos no está dispuesta a poner sus propias vidas en riesgo. Otra limitación importante es que la lucha armada juega para la fuerza del régimen autoritario, que manda en la arena de la fuerza militar. Cuando el ala armada de la insurgencia empezó a predominar en Siria hacia el final de 2011, todavía había una gran cantidad de resistencia no violenta. El 12 de abril, el día inicial del alto al fuego auspiciado por las Naciones Unidas (y el único día que efectivamente lo hubo), hubo una de las manifestaciones más grandes antes del lanzamiento de la lucha armada. Sin embargo, los elementos armados de la oposición temían que el alto del fuego pudiera dar simplemente tiempo al régimen para aplazar y decretar algunas reformas, y reforzar su posición, e inmediatamente continuar la lucha. Esto le dio al régimen la excusa para tomar parte en algunas de las masacres peores hasta ahora y el alto el fuego fracasó completamente.

Como el New York Times anotó, 'Al régimen de Assad probablemente le gusta el hecho de que la oposición ha acogido la lucha. Esto solidifica su apoyo entre su principal distrito electoral principal—Alawites, que representan a aproximadamente el 10 por ciento de la población—así como otras minorías... El régimen puede sostener que tiene que devolver el golpe con fuerza, de otra forma será masacrado. ' En efecto, cuando el régimen en los primeros meses de la lucha del año pasado insistió que los distintos manifestantes pacíficos a favor de democracia eran 'terroristas', ' extremistas islamistas,' 'apoyados por los extranjeros,' e incluyó 'a infiltrados extranjeros,' ridiculizados lo que sirvió para ilegitimar el régimen. Sin embargo, desde el retorno a la lucha armada, algunos elementos de la resistencia en efecto realmente corresponden a aquellas descripciones.

Cuando la resistencia armada se intensificó dramáticamente en 2012 después del fracaso del alto al fuego a finales de la primavera y en el verano, para la insurrección civil resultó dañino y dramáticamente aumentó el número de víctimas. De mayo a agosto, el número de víctimas mensuales se elevó de 1322 a 5039 mientras el número de manifestaciones los viernes disminuyó de 834 a 355. Posteriormente, el total semanal bajó a 300. En efecto, a pesar de afirmar la defensa de la población civil de las fuerzas armadas del régimen, sólo han tenido éxito en aumentar el número de víctimas civiles.

Cuando la resistencia armada se intensificó dramáticamente en 2012 después del fracaso del alto el fuego a finales de la primavera y en el verano, resultó deletéreo a la insurrección civil y dramáticamente aumentó el número de víctimas. De mayo a agosto, el número de víctimas mensual se elevó de 1322 a 5039 mientras el número de demostraciones del viernes disminuyó de 834 a 355. Posteriormente, el total semanal ha estado bien bajo 300. En efecto, a pesar de un afirmar de defender la población civil de las fuerzas armadas del régimen, sólo han tenido éxito en aumentar tímidamente el número de víctimas de civiles.

Desde entonces, una gran parte de los manifestantes anteriormente no violentos han adoptado la lucha armada y teniendo en cuenta la terrible represión a la que se ha enfrentado la oposición, será difícil para los observadores occidentales emitir un juicio moral a las personas que han hecho esa elección. Sin embargo, para aquellos de nosotros que queremos ver el régimen de Assad sustituido por un verdadero gobierno democrático, hay un montón de razones para cuestionar esa elección por motivos estratégicos. Y aún hay muchos sirios que participan en la lucha no violenta que están de acuerdo.

Según la activista por la democracia Haythan Manna, la vuelta a la lucha armada ha dado lugar a la fragmentación de los grupos de oposición y ha servido para "socavar el apoyo popular necesario para transformar el levantamiento en una revolución democrática. Hizo mucho más difícil la integración de las demandas rivales rurales-urbanas, secular-islamista, oposición vieja-juventud revolucionaria." También señaló cómo la militarización de la resistencia "condujo a una disminución en la movilización de amplios sectores de la población, especialmente entre las minorías y las personas que viven en las grandes ciudades, y en el movimiento civil pacífico de los activistas". También señala cómo la lucha armada ha aumentado la influencia de los islamistas de línea dura, señalando, "el discurso político se ha convertido en sectario; ha habido una salafización de los sectores conservadores religiosos."

Históricamente, otro problema con la lucha armada es que puede conducir a los movimientos indígenas independientes a que se conviertan en dependientes de potencias extranjeras que proporcionan armas, como le sucedió a varios movimientos nacionalistas de izquierda popular en el sur durante la guerra fría y que terminaron abrazando el comunismo de estilo soviético y adoptando prerrogativas de política exterior de Moscú. Mientras que el movimiento prodemocrático rechazó explícitamente el sectarismo, los regímenes dirigidos por Wahhabi de Arabia Saudita y Qatar vieron un reto en Assad, un Alawite, como un medio de romper el supuesto 'incremento shiita', que se extiende desde Irán a través de Irak al sur del Líbano. Estas monarquías sunnitas autocráticas claramente no tienen una agenda democrática y, sin embargo, gracias a la lucha armada, han desarrollado una importante influencia. Las redes basadas en el golfo como Wisal y Safa empujan la línea Salafí que Siria en la que la revolución no puede ser vista como una lucha por la democracia, sino como parte de la "jihad" global.

Como resultado de todo esto, existen serios interrogantes sobre si es apropiado que los Estados Unidos y otras potencias extranjeras den apoyo a la resistencia armada. Prestar apoyo militar a un movimiento de resistencia armada desorganizado y fragmentado significa que más personas pueden ser asesinadas; no

necesariamente crear una fuerza disciplinada de combate capaz de derrotar a un régimen bien armado, y mucho menos un orden democrático estable. Más problemático aún sería la intervención militar directa.

Estudios empíricos han demostrado repetidamente que las intervenciones militares internacionales en casos de severa represión realmente exacerbaban la violencia a corto plazo y sólo pueden reducir la violencia a largo plazo si la intervención es imparcial o neutral. Por ejemplo, la limpieza étnica en Kosovo por las fuerzas serbias en 1999 comenzó sólo después del lanzamiento de ataques aéreos de la OTAN. Otros estudios demuestran que las intervenciones militares extranjeras en realidad aumentan la duración de las guerras civiles, los conflictos más largos y más sangrientos y las consecuencias regionales más graves, que si no hubiera ninguna intervención. Además, la intervención militar probablemente generaría una mentalidad de 'quitarse los guantes' que podría empeorar dramáticamente la violencia en ambos lados.

También existe el problema de que las intenciones de los gobiernos occidentales, especialmente las de los Estados Unidos, es altamente sospechoso a los ojos de los sirios. La intervención militar de Estados Unidos simplemente jugaría en manos del régimen de Damasco, que tiene décadas de experiencia en manipular el sentido nacionalista del pueblo sirio en su beneficio. El régimen puede señalar que los Estados Unidos es el principal proveedor militar a las dictaduras restantes de la región y está utilizando la "promoción de la democracia" como excusa para derrocar a un gobierno que se opone a los diseños de Washington en la región.

Y, frente a una esfera de medios políticos sirios arraigada en el antiimperialismo, el socialismo y el nacionalismo árabe, la intervención occidental podría desatar involuntariamente la movilización de cientos de miles de sirios—quizá incluso quienes no se oponen al régimen—para resistir a los invasores extranjeros. Cientos de sirios han dejado las posiciones de partido y gobierno Baath en protesta a los asesinatos de manifestantes no violentos, pero pocas desertiones podrían esperarse si los americanos y los europeos atacaran su país.

Además, dado que ahora hay extremistas islamistas fuertemente armados involucrados en la resistencia, no hay ninguna garantía de que el derrocamiento de Assad realmente traería paz. Las fuerzas de ocupación norteamericana en Irak pronto se encontraron atrapadas en medio de un conflicto sangriento sectario y aprendieron rápidamente que algunos de los enemigos más grandes de Saddam también estaban muy dispuestos a usar sus armas con los 'infieles extranjeros'.

La administración de Obama está deseosa de ver la caída del régimen de Assad y cuanto antes mejor. Sin embargo, reconoce que la intervención extranjera en Siria es una propuesta mucho más complicada que Libia. La población es tres veces más grande y el terreno más difícil. Como resultado, la administración reconoce la necesidad de encontrar medios alternativos de apoyo a la resistencia.

Además de proporcionar asistencia humanitaria, los Estados Unidos han proporcionado equipos de comunicación y otros recursos para lo que queda de la oposición no violenta. Además, la oficina de apoyo a

la oposición Siria del Departamento de Estado ha servido como punto de contacto entre la comunidad internacional y varias redes de oposición no violenta dentro de Siria. La administración de Obama parece reconocer que este enfoque—que cuenta con el apoyo de muchos sirios moderados y democráticos aliados de Estados Unidos en Europa y en otras partes—es el más realista y eficaz medio de apoyo a la resistencia y una alternativa útil que evite los riesgos de no hacer nada frente a la represión salvaje o convertirse en un partido con una terrible y prolongada guerra civil.

A pesar de ello, algunos críticos confunden erróneamente este acercamiento cauteloso con el aislacionismo, pacifismo o ingenuidad. Por ejemplo, Justin Vela, en un artículo de FP el 10 de octubre, afirma condescendentemente que la administración Obama está "obsesionada con los activistas pacíficos" y favorablemente cita a militantes sirios que se burlan de estos esfuerzos como "inútiles". Continúa descartando el consejo del Departamento de Estado a los activistas como "talleres de la sociedad civil", con la implicación de que ellos no son diferentes a los apoyados por Endowment for Democracy y otros grupos que apoyan a los distritos liberales electorales de clase media en democracias emergentes. En realidad, lo que se ofrece es información básica sobre cómo organizar y movilizar esfuerzos de resistencia, que se necesitan a todos los niveles de la oposición Siria.

Para que una insurrección civil desarmada tenga éxito, es necesario construir una coalición que represente a amplios sectores de la sociedad, que requiera un tipo de compromiso y cooperación que pueda proporcionar una base para un orden democrático pluralista en el futuro. Como resultado, la mayoría de los países en que las dictaduras son derrocadas por insurrecciones no violentas son capaces de establecer instituciones y procesos democráticos estables. Por el contrario, debido a que las luchas armadas están centradas en una vanguardia de élite con una estricta jerarquía militar y valores marciales, estos patrones de liderazgo a menudo continúan una vez que los comandantes militares rebeldes se convierten en los nuevos líderes políticos. De hecho, la historia ha demostrado que las dictaduras derrocadas por revoluciones armadas son más propensas a convertirse en nuevas dictaduras. Además, también hay una alta correlación con el método de lucha y la estabilidad política: países en los que el antiguo régimen fue derrocado a través de la lucha armada son más propensos a experimentar la guerra civil, golpes de estado y posteriormente la inestabilidad política peligrosa. Esto puede ser particularmente cierto a la luz del mosaico étnico y sectario potencialmente explosivo de Siria.

En suma, la oposición al apoyo estadounidense a la resistencia armada en Siria no tiene nada que ver con indiferencia, aislamiento o pacifismo. Tampoco es indicativo de estar menos horrorizada por el sufrimiento de la gente siria o menos deseosa del derrocamiento del régimen brutal de Assad. Sin embargo, con tanto en juego es crítico no permitir la comprensible reacción emocional al horror en curso o al idealizado que la revolución armada nos da como sustituto del pensamiento estratégico en nuestro apoyo y solidaridad con la lucha siria por la libertad.

Esta pieza fue reimpressa por Truthout con permiso o licencia. No se puede reproducir en ninguna forma sin permiso o licencia de la fuente.